



Cagliostro, maestro de farsantes

● Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es

Les confieso un peccadillo de niñez. En el colegio San José recogíamos papel para venderlo al peso y sacar algún dinerillo para excursiones. Abundaban los periódicos, y todo tipo de publicaciones que complementaban a los efímeros ejemplares de la prensa diaria. Muchas de ellas procedían de las salas de espera de médicos, padres de algunos compañeros, y engrosaban la pila reciclable después, supongo, de haber sido nerviosamente ojeadas (u hojeadas) por los pacientes (o impacientes, vaya usted a saber) a las puertas de las siempre temidas consultas, en una época en la que al miedo a la enfermedad se sumaba el respeto reverencial al médico, no como ahora.

Entre estas ajadas revistas, menudeaban ejemplares de *Selecciones del Reader's Digest*, por aquellas fechas creo que muy apreciadas en las casas de los galenos. Y un servidor, movido por una pulsión insoslayable, a la vista del tesoro acumulado en espera de su reconversión en nuevo papel con absoluto olvido de las cosas que tantos habían escrito, no pudo resistirse a sustraer dos o tres ejemplares de *Selecciones*. En aquellos tiempos (primeros años setenta), la ventana por la que entraba aire fresco (y rancio) en nuestros pueblos era la televisión; también el cine, con su correspondiente NO-DO. Pero los aficionados a la letra teníamos un mejor escaparate: los libros, la prensa,



las revistas. La lectura, en definitiva, que abría horizontes amplísimos a nuestra curiosidad. De modo que esos ejemplares, que aún conservo, son prueba del delito (que en otros tiempos quizá hubiese merecido la excomunión) y de mi afición por la letra impresa desde hace décadas.

No me extenderé en hablarles de la revista, de la que dos décadas después fui suscriptor. Este exordio viene a cuento de que en uno de sus números encontré un artículo, firmado por un tal Gordon Gaskill, intitulado "Cagliostro, mágico embaucador". Desde hace años tengo ganas de escribir algo sobre el protagonista del texto, un personaje que, a poco que el amable lector haga un esfuerzo no excesivo de imaginación, pudiera haber transmigrado con éxito (cosas de la metempsicosis) en algunos individuos contemporáneos. De modo que propongo a quien siga soportando la lectura de este texto un juego: busquen en su entorno, en el radio que quieran, a posibles receptores del transmigrado. Me apuesto cualquier cosa a que dan con unos pocos discípulos aventajados del tal Cagliostro, del que sin más demora paso a darles alguna noticia.

El aludido se llamaba en realidad Giuseppe Balsamo y nació en Palermo, Sicilia, en el seno de una modestísima familia. Quizá porque el hambre aguza el ingenio, acaso porque el palermitano gozaba de natural desparpajo e inteligencia, generó una monumental industria de venta de humo, que le funcionó bastante



bien. Fijense que decía (y le creían) que podría transformar el plomo en oro, sueño de los alquimistas de siempre, que se quemaron las cejas buscando la piedra filosofal; que podría hacer crecer un diamante; que sus elixires curaban a los desahuciados... Por si fueran pocos sus autoproclamadas virtudes, se declaraba nacido antes del Diluvio, y se jactaba de haber conocido a personalidades de altísimo rango de las que aparecen en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ahí es nada.

El individuo, desde luego, era un figura. Su palabrería se veía reforzada con algo de árabe que había aprendido en sus viajes y embaucó no solo a ignorantes y supersticiosos de medio pelo, sino que se hizo acreedor del aprecio de la alta sociedad: no faltaban entre sus admiradores reyes, altísimos prelados u hombres de ciencia.

Destacó también en el difícil arte de la falsificación, y no se le resistían billetes ni testamentos, llegando a superar peritajes judiciales. Por si le faltara algo, no dudó en utilizar a su mujer para sus fines promocionales, eficazísimo reclamo publicitario, y no entraremos en más detalles.

Pero como quienes mucho sobresalen acaban haciendo enemigos, hubo de salir de Roma y tras vagar algún tiempo se estableció en Londres. Allí se auto proclamó conde y abandonó el prosaico nombre de Giuseppe Balsamo por el de conde Cagliostro, de mucha mejor prosapia. Como, además, tenía vocación de ser perejil de todas las salsas, se afilió a la masonería y se inventó una obediencia propia, una logia que atraía a montones de incautos que pagaban una buena suma por ser admitidos, en espera de la promesa de que el iluminado compartiera con ellos sus secretos.

Después recaló en Estrasburgo, donde se ganó el favor de un príncipe de la Iglesia por curar a un familiar de este, ya sexagenario, de la escarlatina tras administrarle un bebedizo de su invención. Pero su amistad con el cardenal le complicó la vida, puesto que aquel se vio envuelto en un turbio asunto por cuenta de un valioso collar de la reina que había desapareci-

do. El eclesiástico y sus protegidos, acusados de complicidad, dieron con sus huesos en la Bastilla. Y aunque Cagliostro resultó absuelto en juicio, su esposa, sometida a los expeditivos procedimientos de la época, confesó algunos de los secretos del impostor. De modo que volvieron a Roma.

En la ciudad santa no tuvo otra ocurrencia que, en un acto público, fundar una logia de su obediencia masonónica particular. Olvidaba que la Iglesia perseguía a la masonería y que sus reos eran excomulgados y condenados a la última pena. Y en esas se vio Cagliostro, si bien el papa le conmutó la condena a muerte por la cadena perpetua. Nuestro personaje falleció en agosto de 1795, a los 52 años.

Curiosa historia, extraída del artículo al que arriba me refería. A estas alturas, supongo que aquellos que se entretuvieron en responder al reto que les planteé y han buscado coincidencias con personajes actuales, habrán dado con alguno. No es muy difícil, a mí se me ocurren varios. Al fin y al cabo, la receta para convertirse en un Cagliostro no es demasiado complicada: cójase una buena pizca de palabrería adornada con algo de efectismo; añádanse unas gotas de esperanza para quienes andan desanimados; pónganse unos chorritos de jeta, osadía y capacidad de seducción a partes iguales; agréguese unos gramos de suerte; complétese con una buena dosis de gente dispuesta a echar una mano para que te conviertas en un personaje público y... *Voilà!* Ahí tienen a toda una personalidad nacida para salvarnos de nosotros mismos y, con seguridad, a miríadas de dispuestos a despeñarse cuando y por donde disponga el dizque sabio. Pero ojo, torres más altas han caído, y el de Palermo sucumbió víctima de su propio personaje. Saquen ustedes, si les place, sus propias conclusiones.

¡Ah, se me olvidaba, discúlpenme! Decía Cagliostro que tenía el poder de conocer el pasado y de adivinar el futuro. ¡Ay, ay! Hogaño son muchos los que dicen ser sabedores de nuestras décadas y siglos pretéritos, aunque su conocimiento pasa por el expediente de inventárselo. Mala cosa, me parece.